

Sr. Abelardo Vicioso

Semblanza del Galardonado

Lupo Hernández Rueda debí conocerlo desde los años de la escuela normal de varones Presidente Trujillo, como se llamaba el actual liceo de educación secundaria Juan Pablo Duarte en aquellos tiempos en que todo lo que tenía cierta importancia en nuestro país llevaba el nombre del jefe o de algo relacionado con él o su familia. Eran años de asordinada agitación política antitrujillista en la que participaba el estudiantado de aquel plantel en el nuevo edificio construido en la prolongación, aún sin asfalto, de la avenida José Trujillo Valdez, que hoy ostenta, con mayor propiedad, el nombre de Duarte.

Por aquel entonces, Lupo alternaba el estudio con el trabajo. Su padre, un ex tabaquero que se dedicaba a transportar frutos en la ruta del sur, lo había incorporado a esa tarea, que el joven estudiante realizaba asesorado por un tío suyo también participante en el negocio.

En los comienzos de la década del 50 debí encontrar a Lupo muchas veces en los pasillos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Santo Domingo, la primada de América, que entonces no era autónoma, pero ya estaba ubicada en su moderno y actual recinto de la Ciudad Universitaria. La carrera de Derecho la cursamos casi todos los jóvenes que en el año 1948 habíamos empezado a publicar versos y prosas en la sección Colaboración Escolar del diario El Caribe, fundado ese mismo año en esta urbe, también primada, que teníamos la triste obligación de llamar Ciudad Trujillo.

Esa sección literaria la dirigía doña María Ugarte, periodista de procedencia española, quien nos abrió las puertas de un mundo nuevo a los adolescentes que luego formaríamos el grupo conocido por el nombre de Generación del 48, al brindarnos la oportunidad de publicar allí, por primera vez en nuestras vidas, nuestras composiciones literarias.

En el manojito aquel de bisoña poesía ingresó Lupo en el círculo de nuestra afinidad espiritual. Luego se nos abrieron otros medios de modo paulatino. Las páginas literarias del periódico Alma Mater, órgano de la universidad, y las de los diarios El Caribe y La Nación, así como la importante revista especializada Cuadernos Dominicanos de Cultura fueron voceros de nuestros trabajos literarios de la primera juventud.

Ya en esas publicaciones, unas veces de forma colectiva y otras de modo individual, puede encontrarse un principio de unidad en nuestro grupo, conformado por una misma visión angustiosa de la vida, un mismo sentimiento trágico de la existencia, una misma esperanza subyacente en los vericuetos del verso y de la prosa, un mismo ideal estético producto de una misma experiencia vital.

Habíamos visto al pueblo dominicano despertar, bramar, rugir, luchar en la coyuntura que se abrió tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, para luego sumirse en los abismos de una terrible noche de terror, cuando sonó en el reloj del Norte la hora de la Guerra Fría, al ritmo de la cual blandió el tirano su látigo implacable. Habíamos visto la patria levantarse, erguirse con notable valentía, para luego caer acibillada por los agentes de la dictadura. Habíamos visto con feliz asombro ríos humanos que, enarbolando gritos y pancartas contra el hambre y la miseria, por la libertad y la justicia social, desembocan en el parque Colón como en una reclusa de nombres ideales, para luego desparramarse por la ciudad perseguidos por macanas y cuchillos que golpeaban y herían sus espaldas. Habíamos visto el pabellón nacional en una tribuna donde resplandecían verdades nunca antes oídas en tan vibrante lenguaje, para luego desvanecerse entre las llamas que prendieron las manos incendiarias de los esbirros de la tiranía.

Teníamos conciencia de la vida, conocíamos la patria y a sus hombres, conocíamos también a sus verdugos. Teníamos esperanzas y deseos y nos sentíamos frustrados en nuestros sueños recién nacidos, sueños de libertad, de plenitud de vida. Teníamos la íntima necesidad de protestar, de gritar si hubiera sido posible, de descargar nuestros espíritus

de tanta indignación acumulada. La rebeldía había empezado a formarse en nuestras mentes y teníamos que expresarla de algún modo. Así brotó la poesía social en nuestros pechos, como una necesidad colectiva a la cual le dimos una salida colectiva.

Fueron las tertulias de café y, sobre todo, las que celebrábamos en algunos de nuestros hogares familiares, que nos proporcionaron el ambiente adecuado para la cohesión afectiva, la discreta armonía y el libre intercambio de experiencias, ideas e inquietudes. Y fue en esas tertulias donde Lupo estrechó su contacto con quienes fuimos y seguimos siendo sus compañeros de afanes literarios y otras preocupaciones espirituales. Fue allí donde nos brindó a manos llenas la sopesada sabiduría, la sonrisa franca, la emoción serena, el juicio sincero y la espontánea y estrepitosa carcajada con que ayudó a hacer más ameno y fructífero el trabajo conjunto de creación, discusión y difusión que caracterizó a nuestro grupo.

Ese trabajo se fue fortaleciendo y concretando a medida que el círculo se estrechaba. En 1957 nació la colección *El Silbo Vulnerado* como fruto de ese esfuerzo colectivo de participación. Lupo fue uno de los cuatro pilares que sustentamos a la colección, dirigida y administrada de forma auténticamente democrática. Su colaboración personal, entusiasta y valiente, constituyó un aporte fundamental a las tareas que esa empresa cultural implicaba. El había publicado ya, en 1953, un libro de poemas titulado *Como naciendo aún*, en la colección *La Isla Necesaria*, y fue uno de los tres poetas de la Generación del 48 cuyos sonetos fueron incluidos en el libro *Trío*, con que empezó a dar sus frutos *El Silbo Vulnerado*.

Fue también Lupo uno de los dirigentes de la revista *Testimonio*, nuevo y valioso esfuerzo colectivo de la Generación emprendido a comienzos de 1964, ya decapitada la tiranía y perpetrado el golpe de Estado contra el gobierno democrático del profesor Juan Bosch. Y ha sido Lupo el que con más ahínco y perseverancia ha contribuido a la difusión de los valores de nuestro grupo literario y a su cohesión permanente,

hasta los días de hoy, así como el que más obras ha producido y publicado de todos nosotros, si no es que Víctor Villegas lo ha superado ya.

En este merecido acto de homenaje que le rinden la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación y Cultura, al entregarle el bien ganado Premio Nacional de Literatura, no voy a penetrar en lo profundo de su obra literaria. Baste con afirmar que considero a Lupo Hernández Rueda como un poeta importante, prolífico y valioso de nuestra época, amén de un ensayista de nuestra historia literaria y de nuestro Derecho del Trabajo a quien hay que consultar en ambas disciplinas.

Profesor universitario, miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española, comenzó a ganar premios nacionales de poesía en 1960, y desde entonces no ha sido fácil competir con él.

Lupo: Hoy recibes este galardón en momentos en que la sociedad dominicana pone de nuevo en marcha sus potenciales fuerzas creadoras en la patriótica tarea de construir un porvenir más digno. Y es bueno recordar aquellos tiempos en que la patria se nos deshacía entre las manos y la Generación del 48, a la que tú le diste vida en carne y verbo, respondió conformando un apretado haz de solidaridad y mutua comprensión, un modelo de participación que es buen ejemplo para las generaciones presentes y futuras.

En nombre de todos tus compañeros de afanes literarios y políticos, de los presentes y de los ausentes, vengo a decirte una vez más que te queremos como a un hermano del alma, te agradecemos profundamente lo que has hecho en favor de la Generación del 48 y de la literatura nacional, y que siempre recordaremos tu risa franca y tu temprana calvicie como símbolos de una amistad sincera, inolvidable y permanente.

¡Salud, alegría y vida te deseamos, poeta!